

Yourcenar en Northeast Harbor, su refugio en los Estados Unidos.

Cuando se ama una obra, es mejor no conocer al autor. Eso es lo que sugiere este bellísimo texto escrito por el crítico francés Patrick de Rosbo, luego de pasar ocho días difíciles con Marguerite Yourcenar en Northeast Harbor, estado de Maine. El propósito de De Rosbo –un experto en la obra de Yourcenar– era registrar una larga conversación para la radio y, al mismo tiempo, analizar con la autora cada uno de sus textos inolvidables.
A los 84 años, Yourcenar, nacida en Bélgica –primera mujer miembro de la Academia Francesa– es considerada una de las mayores voces vivientes de las letras francesas. Desde hace varias décadas, la creadora de *Alexis* (1929), *El golpe de gracia* (1939) y *Memorias de Adriano* (1951), además de una obra poética y ensayística considerable, vive recluida en la exclusiva isla de Northeast, en los Estados Unidos. Hasta allí llegó, esperanzado y dispuesto, Patrick de Rosbo. Su desilusión fue memorable, y así lo cuenta en un texto que es una joya de ironía y de fina observación. El periodista describe la soberbia y lejanía de un mito viviente y la crueldad de otra mujer, omnipresente a la vera de Yourcenar: Miss Grace Frick, quien más bien parece un personaje del otro belga de 84 años, el gran Georges Simenon. El texto que se publica aquí es el testimonio de una frustración creativa: la de Patrick de Rosbo, quien supo, por otra parte, sacar buen partido de su irónica condición de víctima. Este texto es también un implacable, desencantado retrato del poder y la gloria encarnados por una escritora de genio.

OCHO DIAS EN EL INFIERNO CON MARGUERITE YOURCENAR

OCHO DIAS EN EL INFIERNO

Descubrir Northeast Harbor es una aventura peligrosa y quizás inolvidable. La isla que Marguerite Yourcenar ha elegido para residir no se deja descubrir fácilmente. Interminables perspectivas de abetos destacándose en el horizonte, los peñascos siluetados, las aguas grisáceas, las móviles brumas, un cielo que nos ignora y que sin embargo nos envuelve incitan a escrutar la alta mar hasta donde alcance la mirada, hacia bandadas de aves marinas o hacia los imperceptibles islotes que proliferan a lo lejos: podríamos estar en Bretaña, si no fuera porque las grandes mansiones silenciosas y aparentemente deshabitadas, el vivaz verde de su césped, la acogedora y rigurosa prosperidad de los hoteles o salones de té que, a menudo, orillan los lagos, desmienten o por lo menos corrigen esta primera impresión. En esta campiña umbrosa, Nueva Inglaterra surge en esos templos protestantes de estilo neoclásico, cuyos esbeltos campanarios parecen poner al cielo por testigo de la pureza de sus intenciones. Northeast Harbor ha sabido conservar su soledad, fastuosa soledad, poblada por opulentos liberales que pagan muy caro su derecho al aislamiento y el silencio. Al caer la noche, los pasos de contados viandantes resuenan con eco amortiguado por estas vías de acceso inundadas de niebla, más camino que carretera. Hinchadas por el agua, las ramas se quiebran. La brisa refresca, con súbitos golpes de aire que hacen crujir una canoa; un universo de cielo, madera, piedra y agua, confinado y a la vez ilimitado, del que Marguerite Yourcenar me hacía observar cómo en ocasiones evocaba, por su delicadeza, ciertos paisajes chinos.

En 1968 tuve la fortuna de reseñar *L'Oeuvre au Noir*, y Marguerite Yourcenar me lo había agradecido, hasta el punto de proponerme que escribiera un ensayo sobre su obra. Acepté el proyecto con entusiasmo, si bien le indiqué que una desgraciada pericarditis, de la que aún convalecía, me obligaría a un ritmo de trabajo más lento de lo habitual. De buena gana, ella accedió a esto, y, animado por nuestro intercambio epistolar, finalmente decidí hacer un viaje, de ocho días, a Estados Unidos. Marguerite Yourcenar me aconsejó inicialmente que me hospedara en su vecindario, *"en una casa tranquila y lo más cercana posible a la nuestra, aunque este último aspecto sea difícil de precisar por anticipado"*. Más adelante, en su carta, me condenaba a cenar cada noche en *Petite Plaisance* poniendo sólo un reparo consistente en que habitualmente ella limitaba sus invitaciones a un fin de semana largo, lo cual obviamente reducía a la nada el proyecto de doce entrevistas de radio que me había encargado la Radio–Televisión Francesa (ORTF). Cambiando de opinión, Marguerite Yourcenar me concedió, al fin, la semana que necesitaba, entre el 2 y el 10 de setiembre, pero sugiriéndome entonces que me instalara en un hotel cuyo lujo, vagamente sobreentendido, no dejaba de inquietarme.

Bangor, la capital del estado de Maine, no ofrece demasiados encantos que digamos, y, estando la noche bastante avanzada, encontrándome un tanto solo en el desierto aeropuerto en el que acababa de dejarme mi avión, decidí dormir en el hotel y partir temprano hacia Northeast Harbor.

Llevado por un arrebato de inspiración que –como se verá– resultó harto desdichado, avisé por teléfono a Marguerite Yourcenar de mi llegada. No fue ella quien me respondió, sino su traductora al inglés, Grace Frick, de quien ya había podido observar en París su activa delgadez y la inquietante movilidad de la mirada. En términos joviales pero terminantes, haciéndose cargo de mi destino, Grace Frick me desaconsejaba enérgicamente el hospedarme en Bangor. Es más, me ordenaba que partiera inmediatamente hacia Northeast Harbor, mediante una compañía de taxis cuyos servicios solía usar ella. Un viaje en taxi de más de cien kilómetros me parecía poco razonable, y más teniendo en cuenta lo limitado de mis recursos:

"Usted ha venido aquí para servir a Mme. Yourcenar, y usted debe descansar para estar en plena forma mañana, a la hora de visitarla (...). ¡Es el colmo! ¡De modo que usted ha venido a Estados Unidos sin tener todo el dinero necesario! En cuanto llegue aquí, tendrá veinte dólares para pagar su taxi", fue su seco final de conversación.

Así pues, de bastante mala gana, recurrí a los servicios de un bonachón y veterano chofer, que era el primero en asombrarse por esta escapada nocturna. Maine. El campo. Un viejo taxista charlatán y casi incomprensible. Un café tomado por el camino, en una especie de taberna de madera, de estilo pionero americano. Los parroquianos observándonos, corteses pero no mucho, ligeramente sorprendidos por la presencia de un extranjero como yo. Unas pocas palabras cruzadas. Algunas risas. Es evidente que conocen a mi guía desde hace décadas. Seguimos viaje.

El dinero del taxi

El hotel Harborside Inn rebosa de opulencia y orgulloso confort, pese a la noche en la que está metido como en un sagrario. La secretaria del hotel, palpitante corazón que anima como reina y señora la promotora de esta organización altamente comercial, se digna hacerme saber, antes de más preámbulos, que aquí me hospedo en uno de los hoteles más caros de la isla. Escalofrío. *"Miss Frick ha venido hace un rato y ha dejado dinero para su taxi."* Un gato viejísimo, aunque cariñoso (el único ser humano, a decir verdad, de todo este grupo), dormita cerca de la chimenea encendida, y abre un ojo para saludar mi llegada. Tengo la repentina –y desagradable– sensación de estar atrapado en una campiña lujosa, de hipócrita sencillez, en realidad de baja estofa. Muchachas altivas y ricas, de vulgaridad harto fascinante, me sonríen con mirada vacía. Puritanismo y prosperidad. Me conducen a mi habitación. Camas gemelas. Papel pintado de flores azules evoca el lujo pasado de moda de la era del presidente Hoover. Sobre la cómoda, Marguerite Yourcenar y su atenta amiga me han dejado un cesto de frutas confitadas y tres hojas adornadas con antiguos grabados en las que la novelista ha escrito: *"Bienvenido a Northeast Harbor"*. Una nota de Grace Frick, mitad escrita en francés, mitad en inglés, me advierte que mi visita es poco menos que inoportuna. Me entero de que Marguerite Yourcenar se encuentra muy fatigada en estos momentos: *"Como usted sabe, ella es cardíaca, lo que explica su simpatía por ciertos trances de la vejez de Adriano (...)"*.

Por lo tanto, no podré verla más que unas pocas horas por día. Miss Frick me espera mañana puntualmente a las diez exactas frente al pórtico norte del hotel. Espera que sea puntual. No le gustaría tener que esperar.

¿Necesito decir que seguí al pie de la letra esas instrucciones tan terminantes? Aún no habían dado las diez cuando vi llegar, bajo la llovizna, un gran automóvil beige, de líneas bastante pesadas. Dentro, destacándose apenas en la ventanilla, advierto un pequeño y chupado rostro. ¿Una cabeza reducida? ¿La momia de Ramsés II? El pelo grisáceo, ralo y descuidado, me sugiere de inmediato un viejecito pequeño y esmirriado, de rasgos demacrados, una especie de hermana muy anciana de Nathalie Sarraute, una pintora escuálida de los años 20, y también en cierto modo la *Petite Dame* de Gide. Respecto al sexo, no consigo precisarlo. La Petite Dame (era miss Frick, en efecto) mueve algunos dedos con gesto vivo, seco y elegante. Voz de pajarito ronco. Me apresuro, con abrumadora obsequiosidad. Entonces, de camino, me entero de que Marguerite Yourcenar ha sido sometida a una biopsia en un pecho y que corre peligro de tener un cáncer. Nadie debe saberlo (ahora: habiéndose podido curar la dolencia, supongo que esa prohibición ha sido levantada): *"Usted no podrá verla más que tres horas por día. Digamos que de dos a cinco de la tarde. El resto del tiempo, ocúpelo en lo que quiera. Tiene televisión en el hotel. Además, también puede pasearse. Es bueno para la salud* (mirada inquisitiva). *Usted tiene tendencia a engordar. En fin, sobre todo, no vaya a fatigarla"*.

De camino, cruzamos Northeast Harbor. Limpieza glacial. La bandera norteamericana ondeando por doquier. Chicas grandes y rubias. Mirada escrutadora tras sus gafas. Se reconoce en ellas a una burguesía triunfadora y segura de sí misma. Minoritarios, repantigados o balanceándose en una balaustrada, algunos hippies se aglutinan entre sí. Como si estuvieran encerrados en un espacio de fronteras invisibles. Una especie de cordón sanitario los circunda, los aísla de la parte sana de la población. Llegamos a las afueras. Casitas blancas y sensatas, entre verdores.

Esta mujer es un baluarte

Miss Frick emerge de su coche, cual institutriz inglesa, hermana gemela de Bismarck; los ojos azules, pálidos, sorprenden por su vigilancia carente de la más elemental traza de bondad; esqueleto hermafrodita, una especie de Cocteau con faldas, máscara medieval creada por Pasolini y en trance de quemar a cualquier hereje. Asombrosa vivacidad en los gestos.

Petite Plaisance no se diferencia en nada de las casas de la vecindad. Reconozco la veranda en la que cinco candelas encendidas se supone que esperan al visitante aislado, en las noches estivales: misteriosos puntos brillantes que parecen dar vía libre a uno de los más densos sueños de Songes y Sorts. El cocker Valentine brinca al encuentro de miss Frick. Sobre la puerta, unos cencerros de vaca.

Imperceptiblemente, de perfil, se me aparece Marguerite Yourcenar, como por sorpresa, bajo un sol aún débil, en ese jardín de luces y sombras que tanto aprecia y desde el cual puede contemplar las ardillas y los pájaros. El rostro, ancho, oscila entre la altivez y la indulgencia. Se puede adivinar que los ojos captan de inmediato la calidad de un ser o su insuficiencia.

Circunspecta y sin embargo totalmente a sus anchas, la severidad se vuelve en ella perspicacia, y rápidamente se nota que esta vida no se deja apartar fácilmente del camino que se ha trazado. Un fuego extraño anima este hielo. La glacial educación con que se reviste esconde un calor hermético, en el centro del ser, que se satisface con su orgullosa incandescencia. Esta mujer es un baluarte, una auténtica fortaleza, y las grietas, toscamente camufladas, son patéticas.

La gracia de la recepción templa los rasgos altivos, gracia, sin embargo, llena de reserva y de virtualidad agresiva. Las pupilas, de un gris sorprendentemente translúcido, hablan de riquezas dispersas e inquietas y de una serenidad impuesta a uno mismo, pues se quiere transfigurar el mundo. La mirada sin párpados, la boca carnosa y los labios muy marcados permiten paradójicamente presagiar timideces, insospechadas vulnerabilidades. La voz desconcierta todavía más: evasiva, acariciadora, persuasiva, enmascarada y dependiente de un pensamiento que bajo su apariencia cívica conserva su dureza y pureza primitivas. Ahí también el desgarramiento se hace invisible, como el don de sí mismo. ¿Están ausentes o son inaccesibles? Marguerite Yourcenar se reserva el derecho de hacer explícita su verdad en el instante que le conviene. La palabra, como la meditación, renuncia a todo flujo, a toda indecisión, a toda imagen aproximativa.

Así pues, Marguerite Yourcenar, volviendo a menudo la cabeza hacia mí, dirigiéndome un gesto amistoso que atempera con una pizca de desenvoltura la sonrisa aguda, la mirada alegre, el fuego pálido de sus ojos a menudo escrutándome.

¿Cuáles fueron nuestras primeras palabras? Que acababa de recibir el plan del ensayo que se suponía que tenía que escribir sobre ella y que era una pena que no lo hubiese recibido hasta la víspera (tenía, más tarde, que juzgarlo desastroso, pero ¿qué mirada sobre ella le satisfizo alguna vez?). Estaba desolada por poderme consagrar tan pocos momentos pero su enfermedad, tan inoportuna, la obligaba a grandes cuidados. Sería para miss Frick y para ella un placer acompañarme a recorrer la isla. Su coche había sido alquilado justamente con ese fin. Además, había cierto albergue inspirado en Suiza en los alrededores en el que se podía trabajar muy a gusto.

Vuelvo de forma obsesiva a la mirada de Marguerite Yourcenar; es porque sus ojos brillantes, crueles, móviles, huidizos, insistentes, parecen captar para sí lo que las modestas ventanas dejan fuera de su marco. Imperiosa, imperial, soberana, terreno sin embargo agitado por volcanes subterráneos (pero a flor de piel), que súbitamente le cuesta esfuerzo dominar. Yourcenar no conserva de la femineidad más que una fuerza ambigua; el poder de sustraerse a preguntas demasiado acuciantes, juzgadas por ella sin duda como inoportunas y que fusila con una palabra, una frase rotunda o incluso el silencio. El resto del ser reina, domina, se ajusta a un pensamiento alto y resplandeciente que ella humaniza con el encanto de una sonrisa o de un gesto afable.

Ocho días junto a Marguerite Yourcenar pasan rápido y tengo serios problemas para poner en su orden natural las anécdotas, las respuestas dignas, a mi entender, de ser tenidas en cuenta. Tres horas al día se me concedían para poder recolectarlas. Era poca cosa, dejando aparte una televisión especialmente tonta, las grupas verdaderamente fantasmagóricas de las gordas y riquísimas americanas que infestaban el hotel, embutidas en vestidos amarillos con inmensas flores rojas impresas aquí y allí, los viejos de aspecto deportivo, mostachos chamuscados y frente descapotable con aires de grandeza.

"Marguerite, son las cinco..."

Dos días nos quedaban antes de la llegada desde Nueva York del técnico de la radio que tenía que grabar nuestras doce entrevistas. Marguerite Yourcenar había dividido finalmente su obra en seis grandes apartados y las orientaciones tomadas en última instancia para clarificar tan profundo y complejo conjunto de riquezas no dejaban de parecer, bajo ciertos aspectos, arbitrarias o exteriores. Rehacer aquí una especie de microcosmos de mis entrevistas con Marguerite Yourcenar ofrecería, verdaderamente, poco interés. Instalar un decorado, unos personajes, dar vida a los actores: he aquí lo único que me interesa. Así por ejemplo, poniendo a punto tal o cual capítulo sobre la obra maestra, o sobre los mitos, a las cinco en punto surgía de la cocina la silueta huesuda de la que estaría tentado de llamar, quizás, la confidente: justificándose esta expresión por la presencia frecuente, incluso casi constante de miss Frick durante las horas en que me estaba permitido ver a la novelista.

–Marguerite, es hora de descansar. Son las cinco.

–Por favor, Grace, ahora acabamos, monsieur De Rosbo y yo, el capítulo sobre "Los Mitos", danos un cuarto de hora.

Grace se iba, con un semblante bastante arisco, sin sonreír, cuchicheando algunas palabras en un inglés inimitable –grisalla vuelta hacia su grisalla–. Alrededor de las cinco y veinte la ola que la había arrebatado la traía de nuevo a la orilla. El acento rocoso de las palabras pronunciadas en francés evocaba más Prusia que Inglaterra. *"Esta vez sí, Marguerite, debes acostarte"*. Marguerite, resignada, obedecía y esfumada esa María, quedaba librado a los furores de una Marta que se entregaba a hacer comprender a un sordo lo que antes le había dicho con demasiadas contemplaciones. *"Usted está aquí para servir a Mme. Yourcenar, no para fatigarla. ¿Comprende?"* Tenía que afrontar una delgadez irritada Fulton clavaba una vez más su puñal en la espalda de Buckigham.

–¿Es su muerte lo que quiere?

–¿Pero qué puedo hacer yo? Marguerite Yourcenar ha insistido para que permaneciese aún algunos minutos.

Ninguna respuesta. Los cañones disparaban ahora sobre otro objetivo.

–Usted no ha escrito todavía ni una línea de su libro. Tiene usted la suerte de entrevistar a Mme. Yourcenar y no me habla más que del montón de notas que ya ha tomado (gesto de irreprimible desprecio ante el espesor de mi cartera). *Pare ya de hablar de usted mismo* (una pausa). *Está usted en un país protestante, el yo no tiene ninguna importancia. ¿Comprende?*

Probablemente había enrojecido, y el comentario impropio me había molestado.

–Pero señora, le aseguro que no tengo más que un deseo, el de servir a Mme. Yourcenar.

Mi mano, imprudentemente avanzada, produjo un movimiento de horror. ¿Tenía mi piel, para miss Frick, la consistencia viscosa de la de una serpiente?

Aprendí a lo largo de mi camino, la sutil disposición de las relaciones mundanas existentes en la isla. La consideración de la que gozaba miss Frick se me había sugerido, pero de forma distraída, negligente y sin prestarle demasiada atención. El paisaje que me envolvía rebosaba de familias opulentas. *"Vea, ahí está la colina de los Ford, la de los Rockefeller. Los conocemos, pero los vemos poco..."*

"Usted escucha mal..."

Iba rápidamente a verificar por mí mismo la razón de lo que me había dicho miss Frick. Teníamos la costumbre de reflexionar sobre nuestras *"entretiens"* a la sombra de una especie de albergue–salón de té, realmente un tanto suntuoso, en el que hacían los mayores esfuerzos del mundo para hacernos creer que estábamos en Suiza.

Nos instalábamos algo apartados, con la mirada atraída a nuestro pesar por una colina bastante elevada, cuya silueta, a unos cien metros, se reflejaba en un lago artificial, de aspecto absolutamente helvético. Para alcanzar este lugar elegido bordeamos las grandes laderas rocosas que costean el océano, y sin duda, yo no contemplaba con suficiente atención el vuelo de las gaviotas que atravesaban el cielo y que Grace Frick me señaló con un imperativo gesto de mano: *"Está usted distraído y escucha mal, así no conseguirá nunca, temo, comprender el lugar que ocupa la naturaleza en la obra de*



Yourcenar con Valentine: "Por favor, Gr...

OCHO DIAS EN EL INFIERNO

Descubrir Northeast Harbor es una aventura peligrosa y quizás inolvidable. La isla que Marguerite Yourcenar ha elegido para residir no se deja descubrir fácilmente. Interminables perspectivas de abetos destacándose en el horizonte, los peñascos siluetados, las aguas grisáceas, las móviles brumas, un cielo que nos ignora y que sin embargo nos envuelve incitan a escrutar la alta mar hasta donde alcance la mirada, hacia bandadas de aves marinas o hacia los imperceptibles islotes que proliferan a lo lejos: podríamos estar en Bretaña, si no fuera porque las grandes mansiones silenciosas y aparentemente deshabitadas, el vivaz verde de su césped, la acogedora y rigurosa prosperidad de los hoteles o salones de té que, a menudo, orillan los lagos, desmienten o por lo menos corrigen esta primera impresión. En esta campiña umbrosa, Nueva Inglaterra surge en esos templos protestantes de estilo neoclásico, cuyos esbeltos campanarios parecen poner al cielo por testigo de la pureza de sus intenciones. Northeast Harbor ha sabido conservar su soledad, fastuosa soledad, poblada por opulentos liberales que pagan muy caro su derecho al aislamiento y el silencio. Al caer la noche, los pasos de contados viandantes resuenan con eco amortiguado por estas vías de acceso inundadas de niebla, más camino que carretera. Hinchadas por el agua, las ramas se quiebran. La brisa refresca, con súbitos golpes de aire que hacen crujir una canoa: un universo de cielo, madera, piedra y agua, confinado y a la vez ilimitado, del que Marguerite Yourcenar me hacía observar cómo en ocasiones evocaba, por su delicadeza, ciertos paisajes chinos.

En 1968 tuve la fortuna de reseñar *L'Oeuvre au Noir*, y Marguerite Yourcenar me lo había agradecido, hasta el punto de proponerme que escribiera un ensayo sobre su obra. Acepté el proyecto con entusiasmo, si bien le indiqué que una desgraciada pericarditis, de la que aún convalecía, me obligaría a un ritmo de trabajo más lento de lo habitual. De buena gana, ella accedió a esto, y, animado por nuestro intercambio epistolar, finalmente decidí hacer un viaje, de ocho días, a Estados Unidos. Marguerite Yourcenar me aconsejó inicialmente que me hospedara en su vecindario, "*en una casa tranquila y lo más cercana posible a la nuestra, aunque este último aspecto sea difícil de precisar por anticipado*". Más adelante, en su carta, me condenaba a cenar cada noche en *Petite Plaisance* poniendo sólo un reparo consistente en que habitualmente ella limitaba sus invitaciones a un fin de semana largo, lo cual obviamente reducía a la nada el proyecto de doce entrevistas de radio que me había encargado la Radio–Televisión Francesa (ORTF). Cambiando de opinión, Marguerite Yourcenar me concedió, al fin, la semana que necesitaba, entre el 2 y el 10 de setiembre, pero sugiriéndome entonces que me instalara en un hotel cuyo lujo, vagamente sobreentendido, no dejaba de inquietarme.

Bangor, la capital del estado de Maine, no ofrece demasiados encantos que digamos, y, estando la noche bastante avanzada, encontrándome un tanto solo en el desierto aeropuerto en el que acababa de dejarme mi avión, decidí dormir en el hotel y partir temprano hacia Northeast Harbor.

Llevado por un arrebato de inspiración que –como se verá– resultó harto desdichado, avisé por teléfono a Marguerite Yourcenar de mi llegada. No fue ella quien me respondió, sino su traductora al inglés, Grace Frick, de quien ya había podido observar en París su activa delgadez y la inquietante movilidad de la mirada. En términos joviales pero terminantes, haciéndose cargo de mi destino, Grace Frick me desaconsejaba enérgicamente el hospedarme en Bangor. Es más, me ordenaba que partiera inmediatamente hacia Northeast Harbor, mediante una compañía de taxis cuyos servicios solía usar ella. Un viaje en taxi de más de cien kilómetros me parecía poco razonable, y más teniendo en cuenta lo limitado de mis recursos:

"*Usted ha venido aquí para servir a Mme. Yourcenar, y usted debe descansar para estar en plena forma mañana, a la hora de visitarla (...). ¡Es el colmo! ¡De modo que usted ha venido a Estados Unidos sin tener todo el dinero necesario! En cuanto llegue aquí, tendrá veinte dólares para pagar su taxi*", fue su seco final de conversación.

Así pues, de bastante mala gana, recurrí a los servicios de un bonachón y veterano chofer, que era el primero en asombrarse por esta escapada nocturna. Maine. El campo. Un viejo taxista charlatán y casi incomprensible. Un café tomado por el camino, en una especie de taberna de madera, de estilo pionero americano. Los parroquianos observándonos, corteses pero no mucho, ligeramente sorprendidos por la presencia de un extranjero como yo. Unas pocas palabras cruzadas. Algunas risas. Es evidente que conocen a mi guía desde hace décadas. Seguimos viaje.

El dinero del taxi

El hotel Harborside Inn rebosa de opulencia y orgulloso confort, pese a la noche en la que está metido como en un sagrario. La secretaria del hotel, palpitante corazón que anima como reina y señora la promotora de esta organización altamente comercial, se digna hacerme saber, antes de más preámbulos, que aquí me hospedo en uno de los hoteles más caros de la isla. Escalofrío. "*Miss Frick ha venido hace un rato y ha dejado dinero para su taxi.*" Un gato viejísimo, aunque cariñoso (el único ser humano, a decir verdad, de todo este grupo), dormita cerca de la chimenea encendida, y abre un ojo para saludar mi llegada. Tengo la repentina –y desagradable– sensación de estar atrapado en una campiña lujosa, de hipócrita sencillez, en realidad de baja estofa. Muchachas altivas y ricas, de vulgaridad harto fascinante, me sonríen con mirada vacía. Puritanismo y prosperidad. Me conducen a mi habitación. Camas gemelas. Papel pintado de flores azules evoca el lujo pasado de moda de la era del presidente Hoover. Sobre la cómoda, Marguerite Yourcenar y su atenta amiga me han dejado un cesto de frutas confitadas y tres hojas adornadas con antiguos grabados en las que la novelista ha escrito: "*Bienvenido a Northeast Harbor*". Una nota de Grace Frick, mitad escrita en francés, mitad en inglés, me advierte que mi visita es poco menos que inoportuna. Me entero de que Marguerite Yourcenar se encuentra muy fatigada en estos momentos: "*Como usted sabe, ella es cardíaca, lo que explica su simpatía por ciertos trances de la vejez de Adriano (...)*".

Por lo tanto, no podré verla más que unas pocas horas por día. Miss Frick me espera mañana puntualmente a las diez exactas frente al pórtico norte del hotel. Espera que sea puntual. No le gustaría tener que esperar.

¿Necesito decir que seguí al pie de la letra esas instrucciones tan terminantes? Aún no habían dado las diez cuando vi llegar, bajo la llovizna, un gran automóvil beige, de líneas bastante pesadas. Dentro, destacándose apenas en la ventanilla, advierto un pequeño y chupado rostro. ¿Una cabeza reducida? ¿La momia de Ramsés II? El pelo grisáceo, ralo y descuidado, me sugiere de inmediato un viejecito pequeño y esmirriado, de rasgos demacrados, una especie de hermana muy anciana de Nathalie Sarraute, una pintora escuálida de los años 20, y también en cierto modo la *Petite Dame* de Gide. Respecto al sexo, no consigo precisarlo. La Petite Dame (era miss Frick, en efecto) mueve algunos dedos con gesto vivo, seco y elegante. Voz de pajarito ronco. Me apresuro, con abrumadora obsequiosidad. Entonces, de camino, me entero de que Marguerite Yourcenar ha sido sometida a una biopsia en un pecho y que corre peligro de tener un cáncer. Nadie debe saberlo (ahora: habiéndose podido curar la dolencia, supongo que esa prohibición ha sido levantada): "*Usted no podrá verla más que tres horas por día. Digamos que de dos a cinco de la tarde. El resto del tiempo, ocúpelo en lo que quiera. Tiene televisión en el hotel. Además, también puede pasearse. Es bueno para la salud* (mirada inquisitiva). *Usted tiene tendencia a engordar. En fin, sobre todo, no vaya a fatigarla*".

De camino, cruzamos Northeast Harbor. Limpieza glacial. La bandera norteamericana ondeando por doquier. Chicas grandes y rubias. Mirada escrutadora tras sus gafas. Se reconoce en ellas a una burguesía triunfadora y segura de sí misma. Minoritarios, repantigados o balanceándose en una balaustrada, algunos hippies se aglutinan entre sí. Como si estuvieran encerrados en un espacio de fronteras invisibles. Una especie de cordón sanitario los circunda, los aísla de la parte sana de la población. Llegamos a las afueras. Casitas blancas y sensatas, entre verdores.

Esta mujer es un baluarte

Miss Frick emerge de su coche, cual institutriz inglesa, hermana gemela de Bismarck; los ojos azules, pálidos, sorprenden por su vigilancia carente de la más elemental traza de bondad; esqueleto hermafrodita, una especie de Cocteau con faldas, máscara medieval creada por Pasolini y en trance de quemar a cualquier hereje. Asombrosa vivacidad en los gestos.

Petite Plaisance no se diferencia en nada de las casas de la vecindad. Reconozco la veranda en la que cinco candelas encendidas se supone que esperan al visitante aislado, en las noches estivales: misteriosos puntos brillantes que parecen dar vía libre a uno de los más densos sueños de Songes y Sorts. El cocker Valentine brinca al encuentro de miss Frick. Sobre la puerta, unos cencerros de vaca.

Imperceptiblemente, de perfil, se me aparece Marguerite Yourcenar, como por sorpresa, bajo un sol aún débil, en ese jardín de luces y sombras que tanto aprecia y desde el cual puede contemplar las ardillas y los pájaros. El rostro, ancho, oscila entre la altivez y la indulgencia. Se puede adivinar que los ojos captan de inmediato la calidad de un ser o su insuficiencia.

Circunspecta y sin embargo totalmente a sus anchas, la severidad se vuelve en ella perspicacia, y rápidamente se nota que esta vida no se deja apartar fácilmente del camino que se ha trazado. Un fuego extraño anima este hielo. La glacial educación con que se reviste esconde un calor hermético, en el centro del ser, que se satisface con su orgullosa incandescencia. Esta mujer es un baluarte, una auténtica fortaleza, y las grietas, toscamente camufladas, son patéticas.

La gracia de la recepción templa los rasgos altivos, gracia, sin embargo, llena de reserva y de virtualidad agresiva. Las pupilas, de un gris sorprendentemente translúcido, hablan de riquezas dispersas e inquietas y de una serenidad impuesta a uno mismo, pues se quiere transfigurar el mundo. La mirada sin párpados, la boca carnosa y los labios muy marcados permiten paradójicamente presagiar timideces, insospechadas vulnerabilidades. La voz desconcierta todavía más: evasiva, acariciadora, persuasiva, enmascarada y dependiente de un pensamiento que bajo su apariencia cívica conserva su dureza y pureza primitivas. Ahí también el desgarramiento se hace invisible, como el don de sí mismo. ¿Están ausentes o son inaccesibles? Marguerite Yourcenar se reserva el derecho de hacer explícita su verdad en el instante que le conviene. La palabra, como la meditación, renuncia a todo flujo, a toda indecisión, a toda imagen aproximativa.

Así pues, Marguerite Yourcenar, volviendo a menudo la cabeza hacia mí, dirigiéndome un gesto amistoso que atempera con una pizca de desenvoltura la sonrisa aguda, la mirada alegre, el fuego pálido de sus ojos a menudo escrutándome.

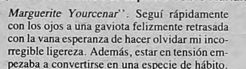
¿Cuáles fueron nuestras primeras palabras? Que acababa de recibir el plan del ensayo que se suponía que tenía que escribir sobre ella y que era una pena que no lo hubiese recibido hasta la víspera (tenía, más tarde, que juzgarlo desastroso, pero ¿qué mirada sobre ella le satisfizo alguna vez?). Estaba desolada por poderme consagrar tan pocos momentos pero su enfermedad, tan inoportuna, la obligaba a grandes cuidados. Sería para miss Frick y para ella un placer acompañarme a recorrer la isla. Su coche había sido alquilado justamente con ese fin. Además, había cierto albergue inspirado en Suiza en los alrededores en el que se podía trabajar muy a gusto.

Vuelvo de forma obsesiva a la mirada de Marguerite Yourcenar; es porque sus ojos brillantes, crueles, móviles, huidizos, insistentes, parecen captar para sí lo que las modestas ventanas dejan fuera de su marco. Imperiosa, imperial, soberana, terreno sin embargo agitado por volcanes subterráneos (pero a flor de piel), que súbitamente le cuesta esfuerzo dominar. Yourcenar no conserva de la femineidad más que una fuerza ambigua; el poder de sustraerse a preguntas demasiado acuciantes, juzgadas por ella sin duda como inoportunas y que fusila con una palabra, una frase rotunda o incluso el silencio. El resto del ser reina, domina, se ajusta a un pensamiento alto y resplandeciente que ella humaniza con el encanto de una sonrisa o de un gesto afable.

Ocho días junto a Marguerite Yourcenar pasan rápido y tengo serios problemas para poner en su orden natural las anécdotas, las respuestas dignas, a mi entender, de ser tenidas en cuenta. Tres horas al día se me concedían para poder recolectarlas. Era poca cosa, dejando aparte una televisión especialmente tonta, las grupas verdaderamente fantasmagóricas de las gordas y riquísimas americanas que infestaban el hotel, embutidas en vestidos amarillos con inmensas flores rojas impresas aquí y allí, los viejos de aspecto deportivo, mostachos chamuscados y frente descapotable con aires de grandeza.

"Marguerite, son las cinco..."

Dos días nos quedaban antes de la llegada desde Nueva York del técnico de la radio que tenía que grabar nuestras doce entrevistas. Marguerite Yourcenar había dividido finalmente su obra en seis grandes apartados y las orientaciones tomadas en última instancia para clarificar tan profundo y complejo conjunto de riquezas no dejaban de parecer, bajo ciertos aspectos, arbitrarias o exteriores. Rehacer aquí una especie de microcosmos de mis entrevistas con Marguerite Yourcenar ofrecería, verdaderamente, poco interés. Instalar un decorado, unos personajes, dar vida a los actores: he aquí lo único que me interesa. Así por ejemplo, poniendo a punto tal o cual capítulo sobre la obra maestra, o sobre los mitos, a las cinco en punto surgía de la cocina la silueta huesuda de la que estaría tentado de llamar, quizás, la confidente: justificándose esta expresión por la presencia frecuente, incluso casi constante de



Yourcenar con Valentine: "Por favor, Grace, ahora acabamos el capítulo sobre Adriano. Concédenos un cuarto de hora".

Miss Frick durante las horas en que me estaba permitido ver a la novelista.

–Marguerite, es hora de descansar. Son las cinco.

–Por favor, Grace, ahora acabamos, monsieur De Rosbo y yo, el capítulo sobre "Los Mitos", danos un cuarto de hora.

Grace se iba, con un semblante bastante arisco, sin sonreír, cuchicheando algunas palabras en un inglés inimitable –grisalla vuelta hacia su grisalla–. Alrededor de las cinco y veinte la ola que la había arrebatado la traía de nuevo a la orilla. El acento rocoso de las palabras pronunciadas en francés evocaba más Prusia que Inglaterra. "*Esta vez sí, Marguerite, debes acostarte*". Marguerite, resignada, obedecía y esfumada esa María, quedaba librado a los furores de una Marta que se entregaba a hacer comprender a un sordo lo que antes le había dicho con demasiadas contemplaciones. "*Usted está aquí para servir a Mme. Yourcenar, no para fatigarla. ¿Comprende?*" Tenía que afrontar una delgadez irritada Fulton clavaba una vez más su puñal en la espalda de Buckigham.

–¿Es su muerte lo que quiere?

–¿Pero qué puedo hacer yo? Marguerite Yourcenar ha insistido para que permaneciese aún algunos minutos.

Ninguna respuesta. Los cañones disparaban ahora sobre otro objetivo.

–Usted no ha escrito todavía ni una línea de su libro. Tiene usted la suerte de entrevistar a Mme. Yourcenar y no me habla más que del montón de notas que ya ha tomado (gesto de irreprimible desprecio ante el espesor de mi cartera). *Pare ya de hablar de usted mismo* (una pausa). *Está usted en un país protestante, el yo no tiene ninguna importancia. ¿Comprende?*

Probablemente había enrojecido, y el comentario impropio me había molestado.

–Pero señora, le aseguro que no tengo más que un deseo, el de servir a Mme. Yourcenar.

Mi mano, imprudentemente avanzada, produjo un movimiento de horror. ¿Tenía mi piel, para miss Frick, la consistencia viscosa de la de una serpiente?

Aprendí a lo largo de mi camino, la sutil disposición de las relaciones mundanas existentes en la isla. La consideración de la que gozaba miss Frick se me había sugerido, pero de forma distraída, negligente y sin prestarle demasiada atención. El paisaje que me envolvía rebosaba de familias opulentas. "*Vea, ahí está la colina de los Ford, la de los Rockefeller. Los conocemos, pero los vemos poco...*"

"Usted escucha mal..."

Iba rápidamente a verificar por mí mismo la razón de lo que me había dicho miss Frick. Teníamos la costumbre de reflexionar sobre nuestras "*entretiens*" a la sombra de una especie de albergue–salón de té, realmente un tanto suntuoso, en el que hacían los mayores esfuerzos del mundo para hacernos creer que estábamos en Suiza.

Nos instalábamos algo apartados, con la mirada atraída a nuestro pesar por una colina bastante elevada, cuya silueta, a unos cien metros, se reflejaba en un lago artificial, de aspecto absolutamente helvético. Para alcanzar este lugar elegido bordeamos las grandes laderas rocosas que costean el océano, y sin duda, yo no contemplaba con suficiente atención el vuelo de las gaviotas que atravesaban el cielo y que Grace Frick me señaló con un imperativo gesto de mano: "*Está usted distraído y escucha mal, así no conseguirá nunca, temo, comprender el lugar que ocupa la naturaleza en la obra de Marguerite Yourcenar*". Seguí rápidamente con los ojos a una gaviota felizmente retrasada con la vana esperanza de hacer olvidar mi incorregible ligereza. Además, estar en tensión empezaba a convertirse en una especie de hábito. Ni por un instante la confidente cesaba de recordarme la gloria de la que, suponía injustamente, no tenía plena conciencia.

–Desde que Marguerite Yourcenar dio una conferencia en Amsterdam en 193...

Observaba un riguroso y atento silencio... ¿Cómo leyó ella la sorpresa en mi mirada?

–¿Cómo? ¿No lo sabe? ¿Y pretende escribir un libro sobre Marguerite Yourcenar?

Marguerite Yourcenar permanecía sentada mientras algunas damas, en compactos grupos, se acercaban a ella mostrando los dientes; admiraba entonces el ligero matiz de enojo que modulaba su cortesía y que estaba seguro de ser el único en apreciar.

–Mrs. Yourcenar...Oh, how nice...!

Sonreía cortés y algo lejana; enfrentadas a su serenidad, a su cansancio, la trivialidad y vulgaridad de esas mujeres contrastaban abiertamente.

La confidente, al contrario, se levantaba rápidamente y me presentaba.

–Mrs. Rockefeller... El count De Rosbo.

Podía entonces distraerme meditando sobre los evanescentes poderes de un título nobiliario con el que se me investía apresuradamente.

También pude ser testigo de un extraño furor que nunca pude ni imaginar que pudiera darse en tan gran mente. Había leído, algunas semanas antes, que el Papa intentaba canonizar a cuarenta dichosos ingleses que la reina Elizabeth I había hecho quemar con claro fuego. Los anglicanos parecían resentirse... ¿Qué demonio me susurró a la oreja para que me pasmase en alta voz de que la política tuviese tanta importancia en la canonización de los santos? ¿Qué había dicho? Vi nublarse la frente de Marguerite Yourcenar, flamear una mirada de la que conocía muy bien las sombras: "*Usted sabe muy bien* –dijo con una voz mate y entrecortada– *que esos católicos eran espías jesuitas a sueldo de Felipe II de España, y me sorprende...*"

No insistí más. Pasaron algunos días. Nos encontrábamos de nuevo en un albergue suizo de los alrededores y ocurrió que ella había olvidado en el Studebaker la famosa libreta de cuero gris en la que anota sobre la marcha sus reflexiones importantes.

–Patrick, ¿sería tan amable de traérmela?

De un salto crucé los cien metros de césped que me separaban del coche. Bajo los árboles entregado –inesperadamente– a mi soledad, confieso haber cometido una reprobable falta: recorrí rápidamente el carnet gris y leí con sorpresa esta frase (los términos son quizás aproximados, pero el sentido es exacto): "*Desde que conozco los sentimientos católicos de Patrick de Rosbo, tengo verdaderas ganas de terminar el panfleto anticatólico empezado en 19...*" (la fecha se me escapa).

El técnico de la radio acababa de llegar por fin a la isla. Las entrevistas propiamente dichas iban ya a poder grabarse y Marguerite Yourcenar, sometida a la prueba de esas horas que seguramente la fatigarían, se mostró fuerte y conmovedora, plenamente lúcida, exigente e incluso escrupulosa ante su propio pensamiento, impaciente ante tal expresión chirriante o tal término inadecuado. ¿Cómo aproximarme a un universo tan poco permeable a la debilidad que, manteniéndonos a distancia, quiere ser comprendido de lejos y se esconde cuando se intenta alcanzarlo desde su interior? Temor o desprecio de quien intentara desemascararla y, quizás, desarmar; púdica, cerrada, altiva, Marguerite Yourcenar quiere ser a la vez inaccesible y reconocida, descubierta por la inteligencia e inasequible al alma. Rostro admirable de meditación, de altura, de claridad e inquietud, la violencia se mantiene sin embargo dominada por una disciplina interior que la canaliza y orienta hacia un intransigente y objetivo conocimiento de la respiración y, muy posiblemente, del corazón de los hombres. Su lucidez incendia o ignora lo que, momentáneamente, le estorba. Marguerite Yourcenar descarta mediante un gesto de la mano, con una especie de irritación consternada, lo desdibujado, la imagen azarosa que pueda desviarla, incluso insensiblemente, de la dura vía real que se ha trazado.

El ojo y el abismo

Incluso me agradeció haber dicho, hablando de ella: esta alma de fuego y exactitud: fuego que a veces tiembla y se confunde con lo trágico, que ilumina como las pesadas antorchas de las "prisiones imaginarias": exactitud tan constantemente anhelada que no solamente la contraría el juicio que se hace sobre ella, y que no se suscribe en absoluto, sino también su propia visión de un abismo demasiado amplio y oscuro para ser fácilmente aprehendido mediante la palabra. Impaciente respecto a sí misma, intentaba corregirse, recapitularse, buscando obstinadamente esa difícil justicia del verbo y del pensamiento que la tranquilizaba. "*Lo importante, dijo Zenón, era recoger lo poco que se filtrase del mundo antes de que fuese de noche, controlar el testimonio y, si era posible, rectificar los errores. En cierto sentido, el ojo contrarrestaba el abismo.*"

Esperaba mucho de esas entrevistas y sin duda saqué provecho. Por muy familiar que sea para nosotros una obra que amamos, el escritor de la que ha salido puede, en cualquier momento, hacérnosla extraña y desconocida. La aclaración que nos da es rara vez la que imaginamos. Mediante ella descubrimos los símbolos, las ambiciones o los sueños de sus personajes, cuyo vocación es justamente ser percibidos en toda su claridad y organizar el mundo según un orden que les es propio y que les permite serenarse de nuevo. Poco a poco interpretamos diferentemente cierta obstinación, cierta desesperación. Una fobia demasiado intensamente sentida y de la que hasta entonces no habíamos captado ni la mitad de los motivos ocultos. Es precisamente en el propio rostro de Marguerite Yourcenar donde aprendí esos dolores, ese agotamiento, esas ariscas derrotas de las que ella se guardaba mucho de darme la clave y que apenas eran un poco más visibles. Casi a su pesar el autor nos invita a un verdadero redescubrimiento de su obra: otra respiración, más subterránea quizá también más ahogada, en la que el drama no se sitúa jamás en el sitio preciso que nos indica imperativamente con la mano.

No protesto contra el hecho, ya de por sí significativo, de que Marguerite Yourcenar haya querido redactar ella misma preguntas y respuestas, hasta el punto de obligarme a preguntarle "*si recibía por las noches la visita de Adriano*" ("*No se molesta al emperador por tan poca cosa*"). La idea le pareció sin duda juiciosa, ya que insistió en ella hasta que otro entrevistador le preguntó por esa improbable visita nocturna (molesta, a mi juicio...). Marguerite Yourcenar tampoco pudo resistirse al deseo de situarse respecto al "nouveau roman", debilidad seguramente lamentable y que hizo trizas, ahora sin medias tintas, la artificialidad de unos diálogos que se querrían espontáneos y que a menudo dejaban ver su trama de grosera hipocresía. ¿Qué hacer, sin embargo, ante una voluntad tan deliberada de acapararlo todo, de dominarlo todo, de no ser pillada nunca en falso y faltando a sí misma y, por tanto, voluntad de privar a ese arriesgado género que es la entrevista de su más elemental fermento de vida?

Una mesa, sobre la que habían puesto nuestros dos micrófonos, nos separaba. Un poco retrasada, la confidente velaba, silenciosa, vigilante, sombra entre las sombras. Continua e insistentemente, la mirada de Marguerite Yourcenar se volvía hacia ella, la interrogaba, parecía buscar en ella un asentimiento tácito o un respaldo. La comedia del pretendido diálogo se deshilachaba, perdía consistencia a cada momento, viraba hacia la farsa. No tenía ante mí más que un perfil ansioso tendido hacia su propia noche y sin buscar en absoluto librarse de su dependencia.

–Señora –le rogué bruscamente– *¿podría volverse hacia mí, mirarme? ¿No daría eso más vida a la entrevista?*

–No podría apartar mis ojos de los ojos de Grace...

En cierta ocasión, leyendo un pasaje de las *Memorias de Adriano*, estorbado por la oscuridad seguramente propicia al misterio que reina en esa oficina de alquimista, balbuceé o tropecé en una palabra, en una frase esquiva, lo que no me inquietaba demasiado, pues sabía que esas lecturas serían grabadas de nuevo a mi llegada a París.

Oí entonces –¿surgida de qué oscuridad?– la voz de la Parca fatídica, acerba, vengadora. Dirigiéndose a mi interlocutora e ignorándome, borraba de un trazo mi inoportuna presencia...

–Páralo, Margarita, lee muy mal. Hay que impedirlo. No debe continuar.

Llegábamos al final del proyecto. Lejos de suavizarse, nuestros enfrentamientos, alimentados por el fuego tenaz, eficaz, de esa chupada diosa de la Discordia, aumentaban a simple vista. Se hizo más patente el contraste entre los escasos momentos que podíamos estar solos –instantes casi de abandono, en los que yo podía finalmente esperar ser escuchado sin escándalo– y los ¡ay!, más frecuentes en los que la confidencia parecía envuelta por el zumbido de flechas y el silbido de balas: la ridigez y la desconfianza volvían entonces a ser inevitables.

La sangre de Zenón

No obstante, tuve la suerte de descubrir cierta noche lo que era una cena en *Petite Plaisance*: invitación efectuada con una gracia afable y que me permitía presagiar una tregua que hubiera deseado sin reticencia y de la que esperaba sacar partido provechosamente. Una vez más aprendí, a mis expensas, que los dioses ciegan a quienes quieren perder. En aquel comedor se encontraba el busto altivo de un hombre de ojos graves que me impresionó vivamente. La nariz aguileña, el cabello echado hacia atrás, la boca con gesto firme y algo crispado: emanaba de estos rasgos tal fuerza y tal desdén hacia todo lo que no fuera lo esencial de un carácter o de una acción, que pensé inmediatamente en la veneración que Marguerite Yourcenar debía sentir por su padre. Por lo tanto no tuve ninguna duda, ante esa figura, para reconocerla. Creí incluso descubrir una sombra de bigote, confirmándome mi impresión de que este hombre, de apariencia algo ruda, era un militar como tantos otros que habíamos visto en los años inmediatos a la guerra de 1914.

–Qué hermoso rostro de jefe. ¿Se trata, sin duda, de su señor padre?

–No, soy yo misma.

La frase fue seguida de un silencio abismal. El vértigo me inundó, tanto que ni por un momento pensé en disimular. Ante mí, a algunos metros, las dos siluetas a las que me enfrentaba, a menudo confusas, eran las de inquisidores envueltos desde hacía siglos en una capa de hielo. Supe enseguida que estaba perdido. Encontré, gracias a algún milagro, un resto de coraje y giré imperceptiblemente alrededor del busto fatídico: instrumento de suplicio tan perfecto como lo fue, en otros tiempos, la famosa Virgen de Nüremberg. Así vi, para mi desgracia, los cabellos no llevados por un belicoso viento hacia atrás, sino retenidos por un minúsculo pasador, del que nada me había hecho presagiar su temible existencia.

Decididamente, todo me agobiaba y no podía esperar más que devolver cierta honestidad, cierta apariencia de armonía a un paisaje en llamas que no era sino devastación, veneno, embarazo y reserva, en el que, a duras penas, se evitaba, por una y otra parte, que degenerase en algo todavía más desagradable. Mi desastrosa situación económica me había dejado aún más a merced de aquella a quien había herido y descubrí, con escalofríos, el carácter irreparable de una fisura que yo mismo había transformado, a mi pesar, en precipicio. La velada anterior ya me di cuenta de mi desgracia, gracias a una pequeña frase que no hubiese desaprobado la duquesa de Guermantes poniendo en su lugar a Bloch. Madame de Cambremer o Legrandin: "*¿Se encuentra usted mal? Ciertamente los médicos son caros en la isla. Tómese una cerveza. Nada mejor para conciliar el sueño*".

Brevemente, silenciosamente, vi por última vez la santa de Coypel ante la escalera, emergiendo apenas de una vegetación oscura; sobre la mesa cargada de libros los místicos flamencos me recordaban a la Hildonde radiante de *L'Oeuvre du Noir*, tumbada, intacta, con pálido vestido, sobre el osario de Münster. Escuchaba también el pequeño péndulo enigmático "Retorno a Egipto", marcando las horas de la eternidad. La puerta ya se entreabría. Se precipitaba la irritante ceremonia de los adioses. La vieja Afrorissia de las *Nouvelles orientales*, perseguida por las mil voces de la tierra griega, con la cabeza cortada de su amante guardada entre sus faldas, también bajaba corriendo las rocas abruptas y se precipitaba hacia el mar, como la noche se lleva al sol. Me acordaba, un tanto absurdamente, de esa anécdota que me había gustado y me dije que esa súbita desafección no podría de ningún modo ocultarme lo que, para mí también, era el sol. Sentí por Marguerite Yourcenar la misma conmiseración, la misma compasión que ella reservaba, en *L'Oeuvre du Noir*, para la idealista Martha Fuggers, casada con el banquero más rico del Sacro Imperio, encallecida por el dinero y por él perdida, convertida así en una derrotada y quizás una maldita. No le deseaba un destino así a la vestal que envejecía, abrumada, temerosa bajo su arrogancia, que había apelado a una mano extraña –pero a la postre familiar– para librarse del mundo, captándolo a distancia con la misma lucidez ardiente. La sangre de Zenón, alcanzando las perspectivas negras de su prisión, eran suficiente para que por sí mismo el río rojo siguiese su curso.



ce, ahora acabamos el capítulo sobre Adriano. Concédenos un cuarto de hora".

Marguerite Yourcenar''. Seguí rápidamente con los ojos a una gaviota felizmente retrasada con la vana esperanza de hacer olvidar mi incorregible ligereza. Además, estar en tensión empezaba a convertirse en una especie de hábito. Ni por un instante la confidente cesaba de recordarme la gloria de la que, suponía injustamente, no tenía plena conciencia.

–Desde que Marguerite Yourcenar dio una conferencia en Amsterdam en 193...

Observaba un riguroso y atento silencio...

¿Cómo leyó ella la sorpresa en mi mirada?

–¿Cómo? ¿No lo sabe? ¿Y pretende escribir un libro sobre Marguerite Yourcenar?

Marguerite Yourcenar permanecía sentada mientras algunas damas, en compactos grupos, se acercaban a ella mostrando los dientes; admiraba entonces el ligero matiz de enojo que modulaba su cortesía y que estaba seguro de ser el único en apreciar.

–Mrs. Yourcenar...Oh, how nice...!

Sonreía cortés y algo lejana; enfrentadas a su serenidad, a su cansancio, la trivialidad y vulgaridad de esas mujeres contrastaban abiertamente.

La confidente, al contrario, se levantaba rápidamente y me presentaba.

–Mrs. Rockefeller... El count De Rosbo.

Podía entonces distraerme meditando sobre los evanescentes poderes de un título nobiliario con el que se me investía apresuradamente.

También pude ser testigo de un extraño furor que nunca pude ni imaginar que pudiera darse en tan gran mente. Había leído, algunas semanas antes, que el Papa intentaba canonizar a cuarenta dichosos ingleses que la reina Elizabeth I había hecho quemar con claro fuego. Los anglicanos parecían resentirse... ¿Qué demonio me susurró a la oreja para que me pasmase en alta voz de que la política tuviese tanta importancia en la canonización de los santos? ¿Qué había dicho? Vi nublarse la frente de Marguerite Yourcenar, flamear una mirada de la que conocía muy bien las sombras: *"Usted sabe muy bien* –dijo con una voz mate y entrecortada– *que esos católicos eran espías jesuitas a sueldo de Felipe II de España, y me sorprende..."*

No insistí más. Pasaron algunos días. Nos encontrábamos de nuevo en un albergue suizo de los alrededores y ocurrió que ella había olvidado en el Studebaker la famosa libreta de cuero gris en la que anota sobre la marcha sus reflexiones importantes.

–Patrick, ¿sería tan amable de traérmela?

De un salto crucé los cien metros de césped que me separaban del coche. Bajo los árboles entregado –inesperadamente– a mi soledad, confieso haber cometido una reprobable falta: recorrí rápidamente el carnet gris y leí con sorpresa esta frase (los términos son quizás aproximados, pero el sentido es exacto): *"Desde que conozco los sentimientos católicos de Patrick de Rosbo, tengo verdaderas ganas de terminar el panfleto anticatólico empezado en 19..."* (la fecha se me escapa).

El técnico de la radio acababa de llegar por fin a la isla. Las entrevistas propiamente dichas iban ya a poder grabarse y Marguerite Yourcenar, sometida a la prueba de esas horas que seguramente la fatigarían, se mostró fuerte y conmovedora, plenamente lúcida, exigente e incluso escrupulosa ante su propio pensamiento, impaciente ante tal expresión chirriante o tal término inadecuado. ¿Cómo aproximarme a un universo tan poco permeable a la debilidad que, manteniéndonos a distancia, quiere ser comprendido de lejos y se esconde cuando se intenta alcanzarlo desde su interior? Temor o desprecio de quien intentara desenmascararla y, quizás, desarmar; púdica, cerrada, altiva, Marguerite Yourcenar quiere ser a la vez inaccesible y reconocida, descubierta por la inteligencia e inasequible al alma. Rostro admirable de meditación, de altura, de claridad e inquietud, la violencia se mantiene sin embargo dominada por una disciplina interior que la canaliza y orienta hacia un intransigente y objetivo conocimiento de la respiración y, muy posiblemente, del corazón de los hombres. Su lucidez incendia o ignora lo que, momentáneamente, le estorba. Marguerite Yourcenar descarta mediante un gesto de la mano, con una especie de irritación consternada, lo desdibujado, la imagen azarosa que pueda desviarla, incluso insensiblemente, de la dura vía real que se ha trazado.

El ojo y el abismo

Incluso me agradeció haber dicho, hablando de ella: esta alma de fuego y exactitud: fuego que a veces tiembla y se confunde con lo trágico, que ilumina como las pesadas antorchas de las "prisiones imaginarias": exactitud tan constantemente anhelada que no solamente la contraría el juicio que se hace sobre ella, y que no se suscribe en absoluto, sino también su propia visión de un abismo demasiado amplio y oscuro para ser fácilmente aprehendido mediante la palabra. Impaciente respecto a sí misma, intentaba corregirse, recapitularse, buscando obstinadamente esa difícil justicia del verbo y del pensamiento que la tranquilizaba. *"Lo importante, dijo Zenón, era recoger lo poco que se filtrase del mundo antes de que fuese de noche, controlar el testimonio y, si era posible, rectificar los errores. En cierto sentido, el ojo contrarrestaba el abismo."*

Esperaba mucho de esas entrevistas y sin duda saqué provecho. Por muy familiar que sea para nosotros una obra que amamos, el escritor de la que ha salido puede, en cualquier momento, hacérnosla extraña y desconocida. La aclaración que nos da es rara vez la que imaginamos. Mediante ella descubrimos los símbolos, las ambiciones o los sueños de sus personajes, cuyo vocación es justamente ser percibidos en toda su claridad y organizar el mundo según un orden que les es propio y que les permite serenarse de nuevo. Poco a poco interpretamos diferentemente cierta obstinación, cierta desesperación. Una fobia demasiado intensamente sentida y de la que hasta entonces no habíamos captado ni la mitad de los motivos ocultos. Es precisamente en el propio rostro de Marguerite Yourcenar donde aprendí esos dolores, ese agotamiento, esas ariscas derrotas de las que ella se guardaba mucho de darme la clave y que apenas eran un poco más visibles. Casi a su pesar el autor nos invita a un verdadero redescubrimiento de su obra: otra respiración, más subterránea quizá también más ahogada, en la que el drama no se sitúa jamás en el sitio preciso que nos indica imperativamente con la mano.

No protesto contra el hecho, ya de por sí significativo, de que Marguerite Yourcenar haya querido redactar ella misma preguntas y respuestas, hasta el punto de obligarme a preguntarle *"si recibía por las noches la visita de Adriano"* (*"No se molesta al emperador por tan poca cosa"*). La idea le pareció sin duda juiciosa, ya que insistió en ella hasta que otro entrevistador le preguntó por esa improbable visita nocturna (molesta, a mi juicio...). Marguerite Yourcenar tampoco pudo resistirse al deseo de situarse respecto al "nouveau roman", debilidad seguramente lamentable y que hizo trizas, ahora sin medias tintas, la artificialidad de unos diálogos que se querrían espontáneos y que a menudo dejaban ver su trama de grosera hipocresía. ¿Qué hacer, sin embargo, ante una voluntad tan deliberada de acapararlo todo, de dominarlo todo, de no ser pillada nunca en falso y faltando a sí misma y, por tanto, voluntad de privar a ese arriesgado género que es la entrevista de su más elemental fermento de vida?

Una mesa, sobre la que habían puesto nuestros dos micrófonos, nos separaba. Un poco retrasada, la confidente velaba, silenciosa, vigilante, sombra entre las sombras. Continua e insistentemente, la mirada de Marguerite Yourcenar se volvía hacia ella, la interrogaba, parecía buscar en ella un asentimiento tácito o un respaldo. La comedia del pretendido diálogo se deshilachaba, perdía consistencia a cada momento, viraba hacia la farsa. No tenía ante mí más que un perfil ansioso tendido hacia su propia noche y sin buscar en absoluto librarse de su dependencia.

–Señora, –le rogué bruscamente– *¿podría volverse hacia mí, mirarme? ¿No daría eso más vida a la entrevista?*

–No podría apartar mis ojos de los ojos de Grace...

En cierta ocasión, leyendo un pasaje de las *Memorias de Adriano*, estorbado por la oscuridad seguramente propicia al misterio que reina en esa oficina de alquimista, balbuceé o tropecé en una palabra, en una frase esquiva, lo que no me inquietaba demasiado, pues sabía que esas lecturas serían grabadas de nuevo a mi llegada a París.

Oí entonces –¿surgida de qué oscuridad?– la voz de la Parca fatídica, acerba, vengadora. Dirigiéndose a mi interlocutora e ignorándome, borraba de un trazo mi inoportuna presencia...

–Páralo, Margarita, lee muy mal. Hay que impedirlo. No debe continuar.

Llegábamos al final del proyecto. Lejos de suavizarse, nuestros enfrentamientos, alimentados por el fuego tenaz, eficaz, de esa chupada diosa de la Discordia, aumentaban a simple vista. Se hizo más patente el contraste entre los escasos momentos que podíamos estar solos –instantes casi de abandono, en los que yo podía finalmente esperar ser escuchado sin escándalo– y los ¡ay!, más frecuentes en los que la confidencia parecía envuelta por el zumbido de flechas y el silbido de balas: la ridigez y la desconfianza volvían entonces a ser inevitables.

La sangre de Zenón

No obstante, tuve la suerte de descubrir cierta noche lo que era una cena en *Petite Plaisance*: invitación efectuada con una gracia afable y que me permitía presagiar una tregua que hubiera deseado sin reticencia y de la que esperaba sacar partido provechosamente. Una vez más aprendí, a mis expensas, que los dioses ciegan a quienes quieren perder. En aquel comedor se encontraba el busto altivo de un hombre de ojos graves que me impresionó vivamente. La nariz aguileña, el cabello echado hacia atrás, la boca con gesto firme y algo crispado: emanaba de estos rasgos tal fuerza y tal desdén hacia todo lo que no fuera lo esencial de un carácter o de una acción, que pensé inmediatamente en la veneración que Marguerite Yourcenar debía sentir por su padre. Por lo tanto no tuve ninguna duda, ante esa figura, para reconocerla. Creí incluso descubrir una sombra de bigote, confirmándome mi impresión de que este hombre, de apariencia algo ruda, era un militar como tantos otros que habíamos visto en los años inmediatos a la guerra de 1914.

–Qué hermoso rostro de jefe. ¿Se trata, sin duda, de su señor padre?

–No, soy yo misma.

La frase fue seguida de un silencio abismal. El vértigo me inundó, tanto que ni por un momento pensé en disimular. Ante mí, a algunos metros, las dos siluetas a las que me enfrentaba, a menudo confusas, eran las de inquisidores envueltos desde hacía siglos en una capa de hielo. Supe enseguida que estaba perdido. Encontré, gracias a algún milagro, un resto de coraje y giré imperceptiblemente alrededor del busto fatídico: instrumento de suplicio tan perfecto como lo fue , en otros tiempos, la famosa Virgen de Nüremberg. Así vi, para mi desgracia, los cabellos no llevados por un belicoso viento hacia atrás, sino retenidos por un minúsculo pasador, del que nada me había hecho presagiar su temible existencia.

Decididamente, todo me agobiaba y no podía esperar más que devolver cierta honestidad, cierta apariencia de armonía a un paisaje en llamas que no era sino devastación, veneno, embarazo y reserva, en el que, a duras penas, se evitaba, por una y otra parte, que degenerase en algo todavía más desagradable. Mi desastrosa situación económica me había dejado aún más a merced de aquella a quien había herido y descubrí, con escalofríos, el carácter irreparable de una fisura que yo mismo había transformado, a mi pesar, en precipicio. La velada anterior ya me di cuenta de mi desgracia, gracias a una pequeña frase que no hubiese desaprobado la duquesa de Guermantes poniendo en su lugar a Bloch. Madame de Cambremer o Legrandin: *"¿Se encuentra usted mal? Ciertamente los médicos son caros en la isla. Tómese una cerveza. Nada mejor para conciliar el sueño".*

Brevemente, silenciosamente, vi por última vez la santa de Coypel ante la escalera, emergiendo apenas de una vegetación oscura; sobre la mesa cargada de libros los místicos flamencos me recordaban a la Hildonde radiante de *L'Oeuvre du Noir*, tumbada, intacta, con pálido vestido, sobre el osario de Münster. Escuchaba también el pequeño péndulo enigmático "Retorno a Egipto", marcando las horas de la eternidad. La puerta ya se entreabría. Se precipitaba la irritante ceremonia de los adioses. La vieja Afrorissia de las *Nouvelles orientales*, perseguida por las mil voces de la tierra griega, con la cabeza cortada de su amante guardada entre sus faldas, también bajaba corriendo las rocas abruptas y se precipitaba hacia el mar, como la noche se lleva al sol. Me acordaba, un tanto absurdamente, de esa anécdota que me había gustado y me dije que esa súbita desafección no podría de ningún modo ocultarme lo que, para mí también, era el sol. Sentí por Marguerite Yourcenar la misma conmiseración, la misma compasión que ella reservaba, en *L'Oeuvre du Noir*, para la idealista Martha Fuggers, casada con el banquero más rico del Sacro Imperio, encallecida por el dinero y por él perdida, convertida así en una derrotada y quizás una maldita. No le deseaba un destino así a la vestal que envejecía, abrumada, temerosa bajo su arrogancia, que había apelado a una mano extraña –pero a la postre familiar– para librarse del mundo, captándolo a distancia con la misma lucidez ardiente. La sangre de Zenón, alcanzando las perspectivas negras de su prisión, eran suficiente para que por sí mismo el río rojo siguiese su curso.

JUANA BIGNOZZI

UNA MUJER DE CIERTO ORDEN

Por Alberto Szpunberg, desde Barcelona

Juana Bignozzi (Buenos Aires, 1937) se fue de la Argentina en agosto de 1974. Nunca volvió, ni siquiera de paseo, y cuando alguien se lo insinúa, afirma totalmente convencida que "¡ni pensarlo!". Sin embargo, estar con ella en una mesa del bar El Velódromo, de Barcelona, es como estar de nuevo en la mesa de algún bar de Buenos Aires, en uno de esos que ya no existen, pero que entre sus poemas, sus comentarios demoledores y sus mitos aún perdura. Juana Bignozzi es autora de *Los límites* (1960), *Tierra de nadie* (1962), *Mujer de cierto orden* (1967) y de *Regreso a la patria*, poemario de próxima publicación en la colección Libros de Tierra Firme.

–¿Regreso a la patria?

–Yo no pienso volver y creo que mi libro lo refleja...

Vinculada a la lucha política prácticamente desde su infancia, miembro de la redacción del diario comunista *La Hora* hasta 1958, pero heterodoxa hasta la incomodidad de los viejos y los nuevos príncipes de la izquierda, Juana Bignozzi fue –y sigue siendo– una de las protagonistas centrales de una generación de poetas que se negó a ser tan sólo una generación literaria y también a reducir la poesía a mera literatura.

–¿Y a qué viene esto del reportaje? –pregunta y parodia con mordacidad algún tópico periodístico–: "El sol cae a plomo y ella, la poeta argentina Juana Bignozzi, busca los anteojos que tiene en la mano"...

Pero, maldades aparte, ella se pone los anteojos oscuros porque sus ojos brillan como inundados por una emoción que viene desde muy adentro, desde muy lejos.

–Volver a Buenos Aires sería para mí como visitar un cementerio, un cementerio tanto de ciertas vidas entrañables, como de ciertas ideas igualmente queridas. Afectivamente me sería más fácil volver, pero siento que sería como visitarme a mí misma muerta. Para mí la Argentina es una realidad angustiante con la cual yo he perdido contacto. Incluso la angustia diaria de esa gente querida que sigue viviendo en Buenos Aires ya no es mi angustia. No podría entenderla, ni tampoco la problemática. Como el resto de los argentinos que nos exiliamos, yo no me asimilé en Europa, pero sí he tenido que adoptar ciertas formas de lucha o de manera de ser que ya son como mi propia manera de ser. Yo siento que esto en la Argentina no podría hacerlo. Mi poema "Regreso a la patria", que le da título al libro dice: "Arreglaré mis cuentas con algunos países porque quiero empezar a olvidar".

–¿Olvidar qué?

–Yo a veces pienso que lo que quiero olvidar es la Argentina actual, no mi vida. A menudo creo que no tengo nada que ver con la Argentina de ahora. Hasta a veces creo que ya ni tengo dolor por ciertas cosas actuales y esto es lo que más miedo me da...

El silencio contagia el miedo y dan ganas de echar mano a algún otro lugar común como, por ejemplo, que "Juana Bignozzi bebe lentamente su cerveza", pero lo único cierto es que esta mujer parece tener miedo, y su voz parece la de una muchacha de barrio de Saavedra, allá en esa casa de la calle Juan Sebastián Bach, donde la prensa clandestina del Partido vibraba todos los domingos con el destino trágico de Mimí.

–Papá me volvía loca con "La Bohème" de Puccini –protesta, loca...

–Me consta que usted es recordada en la Argentina, y el interés en publicar su libro lo demuestra.

–La publicación del libro me confirma lo que dije. Ellos recuperan y tienen presente lo que yo fui y lo que en alguna instancia sigo siendo. Pero ahora ya hay un bache de una década y pico... Yo ahora no podría cubrir ni siquiera mi propio personaje. Sí lo puedo seguir asumiendo con el libro, que continúa lo de mis libros anteriores. En mi escritura poética no hay ruptura...

–¿Y entre lo que ahora vive la Argentina y lo anterior sí hay una ruptura?

–Hay algo que se rompió para siempre, hay un pozo negro. Yo pongo en mi libro una cita de Montale que me preocupa mucho: "He vivido mi tiempo con el mínimo de dignidad que le fue concedida a mis débiles fuerzas. Pero hay quien ha hecho más, mucho más, aunque nunca haya escrito libros...". Hay tantas indignidades que hemos visto. Porque no todos hemos sobrevivido de la misma manera, ni adentro ni afuera del país. Esto también me separa de la Argentina. No estoy tan esquizofrénica como para ser dos personas. La persona que escribía y se fue es esta misma que está acá, en España, y sigue escribiendo. Pero para mí hay un país perdido, y está perdido en este sentido: no es que yo haya perdido mi país y tenga otro; yo me he quedado sin país. Algo así decían algunos exiliados españoles que conocí en la Argentina. Yo no tengo un país de reemplazo, sino un país perdido. Europa es sólo el lugar donde vivo.

–Pero ese país perdido era también en gran medida un país aún inexistente, porque era las ilusiones y los sueños de un proyecto de país, de continente latinoamericano, de vida... ¿Estos sueños e ilusiones también están perdidos?

–Para mí sí, porque yo no sé qué piensan los jóvenes de ahora. Habría que hacerle la pregunta a alguien que tenía 10 años cuando yo me fui de la Argentina. Claro, tampoco me puedo conectar con la mayoría de los que se fueron y he visto sobrevivir en el exilio. La posibilidad de tener proyectos es de la gente que hoy tiene veintipico de años y que ha crecido en la Argentina, pero yo me siento afuera de todo eso.

–Como poeta, usted surgió siendo parte de toda una época y, sobre todo, de los sueños de esa época. Sin embargo, sigue escribiendo, y es ésta una de las más profundas continuidades suyas. ¿Sobre qué se asienta, entonces, de qué se alimenta su poesía?

–Mi poesía se alimenta de mi propia memoria, de la vida de la gente con la que yo hice algo, y de mi país yo sigo teniendo una memoria, y también un proyecto, pero absolutamente interno. No sabría cómo ponerlo en la calle... No es nostalgia, porque yo sigo meditando sobre los mismos temas, y esto en el libro se ve. Pero ahora estos temas son acaso tan sólo un tema literario.

–¿Cuáles son estos temas?

–No encuentro fácilmente las palabras para definirlos, pero, por ejemplo, me preocupa mucho la fidelidad a la propia conducta, la dignidad ante las propias creencias e ideas, ante la propia ideología, para utilizar una palabra con aires de más científica. Hay que saber dónde y cuándo la modificación es producto de lo que uno vive y piensa, dónde y cuándo es producto de la necesidad. Yo he luchado siempre por no ceder ante la necesidad, ante la inmediatez, porque de lo contrario se pierde la posibilidad de meditar. Hay afectos entrañables, hay un pasado..., pero esto no significa volver de inmediato a lo que fue el lugar de uno. La fidelidad es algo que me preocupa mucho, la continuidad, es decir, la intransigencia en el buen sentido. Hay cosas en las que yo aún no he transado.

–¿Por ejemplo?

–Digamos la ideología. Hoy se habla de infinitas ideologías, y yo creo que no es así. Hay muchos matices ideológicos, es cierto, pero las opciones ideológicas siguen siendo unas pocas, a partir de que no son tantas las opciones de sociedad posibles. Por ejemplo, yo no creo en lo que llamo "la ideología de las lechugas", o sea, esta historia entre culinaria, ecológica, dietética y naturista. Trato de no olvidar cuáles son las estructuras sociales, sin confundirlas con los barnices. Creo realmente que hay una tierra de justicia. Además, estoy convencida de que hay muchísimos momentos en los que un revolucionario se va a su casa, pero sin olvidar que piensa ciertas cosas acerca de la vida. Cuando uno vive en soledad, esto hay que tenerlo presente. Yo sigo creyendo que hay metrópolis, imperialismo, pueblos del Tercer Mundo, izquierdas y derechas, opciones de liberación... No creo que, como algunos dicen, éste es un folklore de la gente del 60, aunque dolorosamente constato que a menudo estas afirmaciones provienen de gente que levantó banderas en los años 60 de las cuales, convertidos en señores ya maduros y sensatos, hoy reniegan.

Juana Bignozzi ya no está en El Velódromo de Barcelona, sino en pleno combate, un combate que vaya a saber dónde se libra, en qué franja intermedia donde se entrecruzan la historia de todos y la historia personal.

–¿Qué es eso de que la historia es pendular como andan diciendo algunos por ahí? ¿De dónde sale eso de que el avance progresista de los años 60 y 70 hoy tenga que ser seguido necesariamente por una acelerada derechización del mundo? –Juana Bignozzi arremete con sus manos, sus ojos y sus anteojos, que casi vuelan–. No, de ninguna manera. Lo poco que entendí a partir del "Anti-Dühring" en adelante no me hace pensar eso. Hoy prolifera una supuesta comprensión que no es tal, sino simplemente traición. Una cosa es negociar, pactar, hacer viable algo, y otra cosa es traicionar lo que uno cree que es el desarrollo social y humano. Hoy se presenta como centro lo que antes era derecha, y lo que ahora aparece como izquierda, antes era el centro. Esta derechización nada tiene que ver conmigo. Yo creo que existen los valores humanos, pero no olvidemos, por favor, que la guerra es la guerra. No creo que los buenos o los malos sentimientos configuren una ideología, pues los sentimientos personales no absuelven a la gente de sus responsabilidades históricas. Yo creo que en la vida personal es mejor no andar matando a la gente, pero la realidad social no se divide entre los Buenos que no matan y los Malos que sí matan. Pensar lo contrario ya no es ingenuidad, sino una gran tontería o, peor aún, una mentira reaccionaria.

–Como poeta, ¿qué le dieron estos años en España?

–Creo que estos años me afirmaron. Es como si me hubiese dado cuenta de que lo único que me queda en la vida es escribir. Es una sensación que nunca había tenido. Cuando escribo, siento que no han podido conmigo. Estos años me han dado la capacidad de meditar en soledad, porque en Buenos Aires uno hacía cosas, se movía, discutía... Acá, en cambio, para mí escribir es como un emperramiento en no olvidar, no olvidar.

–¿Sigue leyendo los mismo poetas?

–Sí, siempre los mismos. Sigo leyendo a Juan L. Ortiz, que está presente en mi libro con un verso que a mí me estremece:"Alma, inclínate sobre los cariños idos". Leo un poco menos a González Tuñón, que fue tan importante en mi vida. Pero es como si él se hubiese quedado en un ser demasiado bueno. A mí estos diez años en Europa me han hecho perder la bondadosa mirada de las cosas que tenía Raúl. Leo a Enrique Molina, a quien siempre he querido mucho como poeta. Después, sigo leyendo a Ana Ajmátova y Eugenio Montale, a quienes no descubrí en Europa sino en la Argentina. De los españoles sigo leyendo bastante a Cernuda, aunque, igual que con Tuñón, leerlo me hace sentir tan vieja y tan mala. Con Cernuda me da un ataque de desesperación. Pienso que si él, que hablaba de la "madrastra España", se murió tan lejos de España, qué será de todos nosotros. Siempre intento leer lo que se escribe en la Argentina, y a veces recibo libros, algunas editoriales. Debo confesar que sigo leyendo a los suicidas de La Plata, como López Merino, que era gente tan triste... Leo los poemas de Edgar Bailey, alguno de los cuales, como "Alejandro", siempre me gustan muchísimo.

–¿Qué cree que su libro puede decirle a la gente de Buenos Aires?

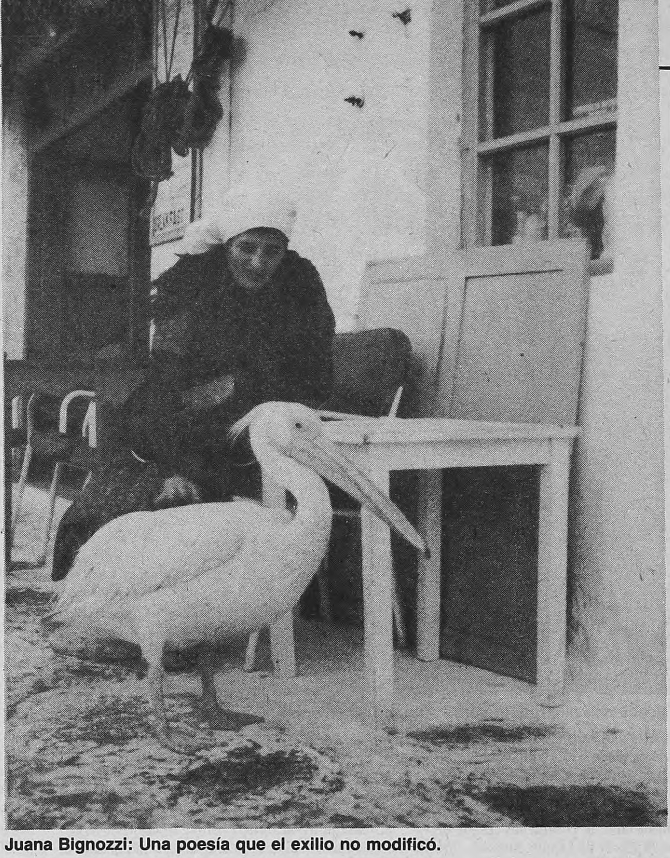
–Ah, por ejemplo, que yo no me he ido nunca.

–Suponga que aterriza de golpe en Buenos Aires.

–Empezaría a caminar, a caminar mucho, mucho. Al principio, no le diría a nadie que estoy allá, sólo caminaría... Luego le hablaría a la gente amiga, aunque me queda tan poca...

–¿Entraría al café La Paz?

–Ni pensarlo... Me iría a Saavedra, a mi barrio.



Juana Bignozzi: Una poesía que el exilio no modificó.

Tres poemas

Del libro ***Regreso a la patria****, que publicará* Libros de Tierra Firme

Alguna vez fuimos íntimos

ahora sólo nos cruzamos en sueños
alguna ciudad pasillos de un museo
una estación de metro en nochebuena
en una querida ciudad italiana
las regalías para nuestra decencia histórica
ya han sido repartidas
agradezco a los que me han olvidado
agradezco ese tiempo en blanco
en realidad mi corazón se/
alimenta de su propio recuerdo

He perdido país padres y hombres

ya nada puede exigirme silencio
ni pedirme pulcritud en la evidencia
he pagado con tiempo y con muerte

Regreso a la patria

las catedrales se dividen en dos o tres rutas
las piedras agrupan siglos y los reducen
arreglaré mi cuenta con algún país
porque ya quiero empezar a olvidar